

1. Una pregunta inicial

Dedicar tiempo para hablar de la formación a la secularidad presupone que se desee ser formados a la secularidad. Pero ¿es precisamente así? ¿Estamos buscando esta formación? ¿Nos interesa? La respuesta no me parece descontada.

Así como en la vida consagrada no es suficiente vivir una vida cristiana y una genérica intención de consagrarse, sino que es necesario sentir afecto y atracción por Dios, así en la vida consagrada secular no es suficiente una voluntad genérica de vivir una consagración en el mundo, sino que es necesario sentir afecto y atracción por el mundo.

Como nos ha dicho el Papa Francisco (en un discurso que nos debe servir de referencia), esta atracción, al menos en parte, en los Institutos Seculares se ha apagado.

Si esto[el vuestro estar conscientes y atentos en el mundo] no sucede, si os habéis convertido en distraídos, o peor todavía no conocéis este mundo contemporáneo, pero conocéis y frecuentáis sólo el mundo que os es más cómodo o que más os alaga entonces ¡es urgente una conversión!

(A los participantes al encuentro promovido por la Conferencia Italiana de Institutos Seculares, 10 de mayo de 2014).

Es justo, pues, tomar de nuevo algunas palabras del Papa Pablo VI dirigidas a los Institutos Seculares, hace exactamente 40 años:

Si permanecéis fieles a vuestra vocación propia, los institutos Seculares serán casi “el laboratorio experimental” (Pablo VI, 25 de agosto de 1976).

¿Qué pretendía decirnos Pablo VI cuando afirmó: “Si permanecéis fieles”?

Deseo que esta Asamblea se exprese con valentía respecto a la necesidad de recuperar esta fidelidad, un poco traicionada (prefiero el término ‘fidelidad’ respecto al de identidad, que corre el riesgo de endurecer algunos rasgos).

2. Un necesario punto de partida

Es oportuna una ulterior pregunta: ¿se puede ‘añadir’ la secularidad en el perfil de una persona insertada en nuestro camino o es necesario un presupuesto? Dicho de otra manera: ¿en el carácter secular de nuestra forma vocacional se puede partir de cero o se debe reconocer un necesario punto de partida?

Yo juzgo que, aun pudiendo hablar de formación a la secularidad, ésta última debe ser un punto de partida. Es preciso, por tanto, hacer un discernimiento inicial de cada vocación; este discernimiento debe ser valiente. Como nos ha dicho el Papa Francisco durante el Año de la Vida Consagrada, es necesario también saber decir NO, para evitar que nuestros Institutos pierdan su propia naturaleza.

Este discernimiento vocacional no puede detenerse en la constatación de la existencia de una voluntad de vivir como consagrados en el mundo. Es preciso tener interés y pasión por lo que se vive en el mundo. Todavía más, es preciso vivir del mundo, es decir, sacar de los sucesos y de las actividades el alimento de la propia vida humana y espiritual.

El discernimiento debe llevar a reconocer estos rasgos:

- El amor por la multiplicidad de expresiones que hay en el mundo, en cuanto a elecciones, pareceres, sensibilidad, etc. No se debe buscar o expresar una uniformidad de pensamientos o de comportamientos.

- El amor por el mundo lleva a aceptar también sus defectos, en el sentido genuinamente cristiano de la mirada misericordiosa, llena de comprensión por las diversas causas y vicisitudes que conducen a asumir posiciones o vidas equivocadas.
- Una profunda humanidad, entendida como capacidad de encontrar un terreno común – lo humano, precisamente – con todos.
- Una sólida fe en la dimensión del Reino, por su naturaleza pequeña, débil, escondida, pero que supera la realidad de la Iglesia porque abraza el designio de Dios, que llega a todo y a todos. Esto comporta, según la enseñanza de los Padres de la Iglesia, una pasión por los *semina Verbi*, es decir, por las semillas de verdad esparcidas por todas partes en la historia de los hombres. Esto comporta también el sentirse al propio agrado en la confrontación con el mundo llamado no creyente.

Todo cuando dicho más arriba se podría resumir con una única imagen, es decir, la apertura positiva hacia todas las relaciones, teniendo cuidado de que éstas no sean preferentemente las elegidas, sino las impuestas por la vida y que por tanto se han de acoger como se presentan.

3. Formación en la secularidad

Antes de hablar de formación a la secularidad es todavía más importante afirmar que la formación debe efectuarse en la secularidad, es decir, debe ser respetuosa de las condiciones de vida de la persona en formación.

La formación debe, pues, desarrollarse donde la persona vive, evitando cambiarla de lugar, aunque solo sea temporalmente, a contextos diversos; debe situarse por tanto en la lengua y en la cultura de la persona. Por este motivo, el formador está llamado a realizar un viaje no sólo geográfico sino sobre todo cultural, teniendo consigo un equipaje ligero, es decir, carente de esquemas formativos predefinidos, salvo lo mínimo necesario. Se aprende, para decirlo con las palabras del Apóstol San Pablo, a ser judío con los judíos, pagano con los paganos, débil con los débiles, todo a todos.

Concretamente, esta atención conducirá también a otras elecciones: por ejemplo, los encuentros no se tendrán necesariamente en casas religiosas; el lenguaje sabrá adaptarse para evitar que sea un instrumento de separación antes que de comunicación, etc.

4. Formación a la secularidad

Después de todas estas premisas, que todavía son substanciales, es posible hablar también del contenido de una formación a la secularidad.

El primer paso debe ser el conocimiento profundo de la Sagrada Escritura, con la atención de que se asuma en su totalidad, y no sólo a través de algunas páginas seleccionadas, las que buscamos para llenarnos el corazón de buenos sentimientos. Esta selección de textos nos ofrece una imagen deformada de la Sagrada Escritura y, por tanto, de la Palabra de Dios que contiene.

A este respecto, a mí me agrada recordar con frecuencia el ejemplo de Abrahán. De su historia, conocemos algunas páginas emblemáticas, normalmente partiendo de la llamada del capítulo 12 del Génesis. Sería, sin embargo, importante conocer los sucesos del capítulo 11 donde se habla de Terach y de sus tres hijos, de los cuales uno muere enseguida en presencia del padre, mientras de otro no se sabe casi nada. Abrahán sigue, pues, al padre Terach prófugo a Carran, donde Terach muere. Abrahán se encuentra, pues, expatriado en tierra extranjera, huérfano, solo y con una mujer estéril. Este es el inicio de la historia de la salvación. Una situación más desesperada y más emarginada no se podría imaginar; pero éste es el modo de obrar de Dios, que se aprende a reconocer en la fragilidad y en la pequeñez.

Del mismo modo, es importante ver cuánta fatiga realizó Abrahán antes de creer en la promesa del Señor de una descendencia numerosa (promesa que no vio realizarse en su vida): primero en Egipto, entrega la mujer Sara al Faraón, después parece individuar en el sobrino Lot una posible descendencia suya, finalmente trata de tener un hijo con la esclava. La grandeza de Abrahán

está en haber continuado caminando en la fe, aunque a través de dificultades y dudas: Dios ha encontrado hombres concretos, cuyas historias no se han de idealizar.

Es preciso inventar, pues, familiares de la Sagrada Escritura para poder ser familiares del modo de actuar de Dios en el mundo, en particular en nuestra historia profana, que después de la venida de Jesús se convierte en historia sagrada

Mirando el Génesis y todos los sucesos de la Biblia se podrá conocer el valor de la creación y de la intención que le da vida. En particular, se comprende la autonomía de las realidades creadas: Dios crea todas las cosas y les da vida propia, las deja vivir con una consistencia propia. Esto es esencial para la comprensión de nuestra vocación, así como es necesario aprender que el primer modo para reconocerse hermanos de todo hombre de esta tierra es encontrarse a compartir el mismo mandamiento originario de cultivar y custodiar el jardín: cada hombre, aunque inconscientemente, está respondiendo a este mandamiento de Dios.

A este respecto, nos ayudan las palabras del teólogo Theobald dirigidas a los Institutos Seculares, cuando nos recuerda que nuestra vocación, más que estar al servicio de la vocación cristiana, debe estar al servicio de la vocación humana. Nos ayuda también muchísimo la enseñanza de los Padres de la Iglesia, es decir, de aquellos que han sido los primeros en reflexionar sobre el significado de las vicisitudes humanas después de la venida de Jesús.

La formación a la secularidad deberá examinar también los temas del diálogo, del sentido y del método de la mediación cultural, poniendo en relación cultura cristiana y culturas; deberá enseñar a distinguir, sin separar y sin sobreponer, el plano humano y el divino, para poder trabajar auténticamente – y no fingidamente – en un proyecto común con todos, sin nunca renunciar a la propia fe. Deberá enseñar también a desarrollar una autonomía de juicio, esencial para nuestra vocación que no nos prive de nuestras responsabilidades personales en el actuar en el mundo.

5. Formación desde la secularidad

Después de haber hablado de formación en la secularidad y a la secularidad, es necesario – y es quizás el paso más importante – que uno se forme desde la secularidad, es decir, desde la vida. Esto significa, concretamente, que mi modo de pensar, de hablar y de actuar cambia según el motivo de mi estar y obrar en el mundo. Los mismos votos, en sus modalidades concretas, están condicionados por la secularidad. Se aprende a vivir los consejos evangélicos partiendo de lo que nos sucede. Por poner un ejemplo, una injusticia sufrida en un ambiente de trabajo podría enseñarnos cómo vivir pobreza y obediencia mucho más que tantas reglas.

En sentido más amplio, todo lo que sucede nos instruye sobre el modo de traducir el Evangelio en la vida concreta. De esta manera, aunque a través de tantas dificultades, se nos da descubrir, con estupor y admiración, que cuando el actuar humano se realiza en vista del desarrollo humano se realiza también en sintonía con nuestro sentir cristiano.

“Toda verdad, la diga quien sea, viene del Espíritu Santo”: estas palabras de Santo Tomás deben actuar como una guía normativa de nuestra vocación: es decir, debemos desarrollar una particular sensibilidad hacia el actuar del Espíritu, para estar preparados a reconocerlo en todas partes, especialmente allí donde no lo esperamos. Esto nos consiente tener una gran confianza en la misma vida, así como se presenta, porque la vida ya contiene en sí una llamada que llama a entregarnos a ella, a la misma vida. La obra incesante del Espíritu nos asegura que entregarnos a la vida significa entregarnos a Dios.